

# Capítulo 43

# FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

*HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA*

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel  
Telefax: 460-0872  
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000  
500 ejemplares  
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715  
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch  
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

# «Bella Lima ya tiemblas llorosa del triunfante chileno en poder»: una aproximación a los elementos de género en el discurso nacionalista chileno\*

CARMEN MC EVOY

La historia nos ha sido relatada cuidadosamente por el historiador chileno Gonzalo Bulnes. El escenario, un hospital de campaña en las afueras de Lima. Los actores principales, el general chileno Patricio Lynch y el almirante francés Du Petit Thouars. El corifeo, un grupo de soldados peruanos y chilenos heridos. El momento de clímax, Lynch formulando la pregunta crucial: «¿y para que tomé parte en estas batallas?». La respuesta dada por un par de peruanos «por don Nicolás», «por don Miguel». La respuesta contundente de un soldado chileno, consignada entre signos de admiración por Bulnes, «¡por mi patria, mi general!». La moraleja de la historia, el comentario incisivo de Lynch a Du Petit Thouars: «Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria, los otros por don fulano de tal» (Bulnes 1911-1919, t. II: 699).

La existencia de la nación chilena y la no existencia de la nación peruana, mito explotado exitosamente por la historiografía chilena, y abrazado incluso sin mayor cuestionamiento por algunos historiadores peruanos, han sido percibidos como elementos determinantes en el «desastre» peruano de 1879.<sup>1</sup> A pesar de lo cues-

\* Este trabajo pudo realizarse gracias a la ayuda económica del Research Committee de The University of the South, Sewanee. Debo agradecer, también, el generoso apoyo que me prestó en Santiago de Chile el profesor Rafael Sagredo.

<sup>1</sup> Heraclio Bonilla (1980) se adscribió al paradigma de la inexistencia de la nación peruana como una de las causas de la derrota frente a Chile. Su posición fue cuestionada hace algunos años por Florencia Mallon y Nelson Manrique. Para una aproximación a la discusión anterior ver Bonilla (1987: 219-231 y 232-279). La fuerza de la historia narrada por Bulnes, quien fue atacado por su posición pro-civil, residió en su simpleza y en la presencia en ella de un testigo de excepción: el almirante Du Petit Thouars. El marino francés, al que se señala como el intermediario a favor de los peruanos con el fin de evitar el bombardeo de Lima, era un personaje respetado y querido en el Perú. Su presencia en el relato dio, a no dudarlo, una dosis de legitimidad a la narrativa moralizante que Bulnes articuló algunos años después que la guerra terminó. Para la crítica a la versión historiográfica presentada por Bulnes ver *El Vice Almirante Don Juan Williams Rebolledo ante la Historia* (1949).

tionable del relato de Bulnes, ya que en total son solo tres los soldados entrevistados por Lynch, dicha fabricación historiográfica ha resistido exitosamente, y sin mayores críticas, los embates del tiempo.<sup>2</sup> Es posible afirmar, parafraseando a Hayden White (1987: 20), que el nacionalismo chileno es real no porque efectivamente existió sino porque primero fue recordado y segundo, fue capaz de encontrar un lugar en una secuencia ordenada cronológicamente.<sup>3</sup> En efecto, para Alberto del Solar, oficial del ejército chileno que peleó en San Juan y en Miraflores, la nacionalidad del pueblo chileno estaba constituida por «la memoria del pasado».<sup>4</sup>

El proceso de construcción del nacionalismo chileno durante la Guerra del Pacífico y la función que en dicho proceso cumplieron los historiadores, periodistas y numerosos soldados-cronistas que entendieron a la guerra no solo como acción militar sino como un gran relato patriótico, es un punto que merece más atención que la que ha recibido. Diversos autores han subrayado la importancia de la tradición en la configuración de una comunidad nacional. Para estudiar el proceso de construcción de la identidad nacional chilena resulta crucial, entonces, aproximarse a la relación entre el presente y el pasado. Dicha relación, entendida al menos en parte como imaginaria, es decir, mediada por la reconstrucción continua y selectiva de las tradiciones y de la memoria social, ha sido forjada por los productores culturales, los que al desempeñar un rol importante en las instituciones y prácticas culturales han servido de constructores activos del discurso nacionalista chileno;<sup>5</sup> de esa cadena entre el pasado y el presente que Bulnes intentó modelar en su relato sobre la guerra.

<sup>2</sup> Alfredo Jocelyn-Holt ha cuestionado en un trabajo reciente la visión esencialista del nacionalismo chileno al afirmar que el mismo no puede ser concebido como una mentalidad profunda, asentada y colectiva. En primer lugar, porque es un fenómeno temprano. Más aún, es un instrumento básicamente político. Jocelyn-Holt sostiene que el éxito obtenido por el nacionalismo en Chile no parece radicar en que fuera una variante mejor pensada sino por la existencia de factores que no tienen nada que ver con el nacionalismo en sí: el carácter compacto del territorio, la ausencia de fuerzas regionales que conspiran contra la centralización, la homogeneidad racial, una iglesia relativamente débil, y una sorprendentemente quieta población en el mundo de la hacienda, ayudaron a acomodar el nacionalismo en Chile. Por lo tanto, no es que Chile haya sido más nacionalista que otros países, sino que allí fue bastante más fácil que el nacionalismo operara (Jocelyn-Holt 1997a: 44).

<sup>3</sup> Para la importancia de la memoria en el mantenimiento de las tradiciones comunitarias ver Michael Kammen (1991 y 1978).

<sup>4</sup> Para Del Solar (1967: x-xi) «el heroísmo de los hidalgos» no era más que el «recuerdo evocado en la descendencia». En carta de Bernardo O' Higgins a Pedro José Reyes fechada el 12 de agosto de 1834 el patriota chileno señalaba: «la columna más sólida del poder nacional es la gloria nacional, el más sagrado patriotismo y espíritu público más inflexible se vivifican más velozmente por la memoria de los triunfos de la patria y las hazañas de sus hombres» (citado en Eyzaguirre 1995: 407).

<sup>5</sup> Para una discusión teórica sobre este punto véase Schlesinger (1987: 219-264), Bahbha (1990) y Hutton (1993). Para una interesante discusión teórica del caso peruano ver Sanders (1997: 101-110).

El relato nacionalista de Gonzalo Bulnes articulado años después de finalizada la Guerra del Pacífico está enmarcado en el proceso intelectual chileno que intentamos explorar. Mediante la articulación de una cadena de recuerdos, exitosa práctica intelectual que durante el siglo XIX permitió que los productores intelectuales chilenos recrearan las viejas tradiciones heroicas y los ideales de la «Patria Vieja», se crearon los soportes culturales del nacionalismo que la guerra se encargó de reforzar. Las palabras de uno de los más influyentes directores de la contienda bélica entre Chile y Perú, Eulogio Altamirano, corroboran nuestro argumento de que la guerra, al permitir proyectar al imaginario colectivo un relato poblado de poderosos símbolos patrióticos, colaboró en reforzar el sentimiento nacionalista en el país del sur:

La guerra cuyo término natural ya divisamos, tendrá un poema por historia. Ante las glorias en ella alcanzadas casi se eclipsan las glorias de nuestro pasado. Chacabuco y Maipú fueron las proezas de una infancia fuerte; Matucana y Yungay fueron las proezas de una adolescencia robusta. Pisagua y San Francisco, Tacna y Arica, Chorriillos y Miraflores, son obras de una sana virilidad. Con las primeras se echaron los cimientos de la nación; con las últimas se ha coronado el grandísimo edificio que necesitaba brazos de gigante para su elevación. Habéis sido los fundadores de la gran patria chilena y tenéis el deber de consolidar vuestra obra haciéndola indestructible.<sup>6</sup>

Cabe señalar que tanto durante la época en que se pronunciaron las palabras anteriores como en los años en que Bulnes publicó su *Historia de la Guerra del Pacífico*, el concepto de «la Patria» estaba siendo seriamente amenazado por la crisis económica y el descontento social reinante en Chile.<sup>7</sup> Quiero señalar que este ensayo es tan solo una primera aproximación a una investigación más amplia y de largo aliento que estoy desarrollando sobre el proceso de construcción del discurso nacionalista chileno. Los contenidos de género del mismo, el concepto de la virilidad chilena aludido por Altamirano frente a la noción de lo femenino limeño, constituyen los aspectos centrales del presente análisis.

<sup>6</sup> «Discurso pronunciado por Altamirano en el banquete de camaradería el 24 de enero de 1884 en el Palacio de Gobierno de Lima» citado por Machuca (1926-1929, t. III: 412). El senador Adolfo Ibáñez en un mitin realizado a pocos días de la declaratoria de la guerra afirmó que se estaba dando inicio a una guerra «más grande» que la de la independencia, manifestando su confianza en el valor chileno que era, en sus palabras, igual al que «en 1818 libertó a Chile del león de Iberia.» (*El Vice-Almirante Don Juan Williams Rebolledo*, p. 142).

<sup>7</sup> Para este punto véase Romero (1997).

## 1. El marco teórico

Se ha sugerido con suficiente sustento teórico que las sociedades son en alguna medida la suma total de sus historias de guerra. Y es que la guerra es el espacio propicio para la cristalización de las relaciones sociales y culturales. Al enmarcar modos de discurso, los que se vuelven prominentes al punto de parecer muy simplistas («por mi patria, mi general», por ejemplo), la guerra colabora en la cristalización de las identidades sociales. La guerra, asimismo, destruye y trae a la vida a hombres y mujeres como identidades particulares mediante la canalización de su energía y el otorgamiento *de un permiso para narrar*. En particular la guerra permite lograr este efecto formalizando la noción de una identidad colectiva. Al convertirse en la propiedad cultural de las gentes, la guerra se transforma en un sistema de signos que se lee sin mucho esfuerzo debido a lo familiar que resultan para la audiencia (Bethke Elstain 1987: 167).

Es a partir de un análisis del argumento anterior, uno que permite aproximar al enfrentamiento bélico de 1879 en su dimensión de narrativa modeladora de identidades sociales, que surge mi interés de explorar la Guerra del Pacífico desde el campo de la Historia Cultural.<sup>8</sup> La Guerra del Pacífico como el gran

<sup>8</sup>A partir de la década de 1980 tanto los marxistas como los analistas han incrementado su interés en la Historia Cultural. Uno de los pioneros, E. P. Thompson explícitamente rechazó la metáfora infraestructura-superestructura y se dedicó al estudio de lo cultural, lo que denominó las mediaciones morales, «la manera como las experiencias materiales son manejadas de forma cultural». Dentro del contexto anterior, la Historia Cultural intenta descifrar los significados inscritos por los actores históricos. El desciframiento de significados más que la inferencia de leyes de causalidad, es la tarea fundamental de la Historia Cultural. Su meta es el desentrañar los procesos en los que se forjan las identidades colectivas. Esto no quiere decir que en la obsesión de encontrar significado y orden se oscurezca la existencia del conflicto y la lucha. La interpretación de Geertz, su comprensión literaria del significado, *la construcción del significado como un texto que puede ser leído* ha remodelado la dirección de la reflexión antropológica. De la misma manera, Pierre Bordieu, al estudiar la lógica específica de los bienes culturales, ha enriquecido la discusión. El mostrar que el modo de expresión característico de un producto cultural depende de las leyes del mercado al que el producto va dirigido ha provisto de pragmatismo a la discusión sobre el discurso. Otro punto explorado por la Historia Cultural es el uso del lenguaje como metáfora. Lynn Hunt analiza el uso del lenguaje político como instrumento retórico para construir un sentido de comunidad al mismo tiempo que establece nuevos espacios de conflicto social, político y cultural, que permite operar, al mismo tiempo, a la unidad y la diversidad. Los estudios de mujeres y de género están a la vanguardia de los estudios culturales. Carroll Smith-Rosenberg explora la manera cómo el género canalizó el impacto del cambio social y la experiencia y el ejercicio del poder. Para ella la dialéctica entre *lenguaje como espejo social* y *lenguaje como agente* residen en el centro de su análisis. Por otro lado, Joan Scott, al unir en su análisis el discurso y sus motivaciones, ha influenciado grandemente a los estudios de género. Para un mayor acercamiento a la discusión anterior ver Hunt (1989). Para una aproximación específica a los autores mencionados: Thompson (1963), Geertz (1973), Bordieu (1991), Hunt (1984), Smith-Rosenberg (1985) y Scott (1988).

relato de la nación chilena, uno que se va escribiendo en los campamentos militares, en las oficinas de redacción de los periódicos y en los escritorios de los historiadores, es un aspecto descuidado tanto por la historiografía chilena como por la peruana. Mi percepción de la guerra como representación y relato intertextual busca descubrir la participación en el mismo de voces y actores múltiples con líneas y guiones en muchos casos variables y hasta incluso discordantes. Este ensayo es producto de un primer vaciado de información a partir del análisis del discurso de un puñado de cronistas-soldados y de periodistas, Daniel Riquelme el más reconocido.<sup>9</sup>

La crónica fue una especie muy popular durante los años de la Guerra del Pacífico. Guillermo Feliú Cruz ha mencionado la extraordinaria circulación de información que se dio desde el frente bélico a las ciudades, y el mercado que existía para dicha información. Los soldados, señala Feliú, anotaban sus experiencias, guardándolas para ver si alguien, más adelante, les daba forma literaria y las adaptaba al gusto de un público ávido de noticias.<sup>10</sup> Existía, en la mayoría de aquellos aprendices de narradores —algunos cuyos trabajos analizaremos— la noción de que estaban haciendo y a la vez escribiendo la historia y que esta tenía un potencial mercado de lectores.<sup>11</sup>

Antes de proseguir la discusión cabría formularse la siguiente pregunta: ¿es este nacionalismo, que aflora y se expresa durante la guerra, un producto de reciente manufactura o es que la guerra permitió articular de manera más clara

<sup>9</sup> Los relatos que analizo a lo largo del trabajo son los siguientes: Carlos Alfaro, *Álbum Gráfico e Histórico del Regimiento de Caballería N° 1 Granaderos General Bulnes en Homenaje a su Primer Centenario*; Alberto del Solar, *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico*; Ruperto Marchant Pereira, *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico: Apuntes del capellán de la Primera División Don Ruperto Marchant Pereira, 1879-1881*; Pino Saavedra, *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico con un estudio dialectológico y notas*; Justo Rosales, *Mi campaña al Perú, 1879-1881*; Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico por Antonio Urquieta Oficial del Ejército de Operaciones*, J. E. López, *Mis recuerdos de la Guerra del Pacífico*; Arturo Benavides, *Seis años de vacaciones: Recuerdos de la Guerra del Pacífico, 1879-1884*; Lucio Venegas, *Sancho en la Guerra: Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia*; *Discursos y poesías del presbítero D. Esteban Muñoz Donoso con ocasión de la Guerra del Pacífico en 1879, 1880*; Florentino Salinas, *Los representantes de la Provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*; Daniel Riquelme, *Cuentos de la Guerra y otras*; Francisco Machuca, *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico* (los datos editoriales se consignan en la bibliografía al final del artículo).

<sup>10</sup> En su afán de comprar y vender noticias, los reporteros de guerra eran descritos por Benjamín Vicuña Mackenna (1930: 285) como «agentes de comercio», los que interrogaban hasta a «los muertos en su lecho de arena» para luego contar a «su manera y según su propio estilo» lo que los muertos le han dicho o «de han creído decir».

<sup>11</sup> La conexión entre mercado y producto cultural explorada por Bordieu ha sido analizada para el caso de los Estados Unidos de principios de siglo por Richard Ohmann (1998).

y precisa un sentimiento que se encontraba latente en el seno de la sociedad chilena? Cabe anotar que en la década de 1860 se da una exacerbación del nacionalismo panamericano cuyos momentos estelares son el Congreso Panamericano en Lima en 1864, la respuesta de Latinoamérica a la invasión francesa a México, el Combate del 2 de Mayo en las costas del Pacífico y la repatriación de los restos del héroe de la Independencia chilena Bernardo O'Higgins. Opinamos que la eclosión de nacionalismo mostrada en el transcurso de la Guerra del Pacífico es un desarrollo epigonal de los acontecimientos de la década de 1860. El arreglo de límites con Argentina y las discusiones que le sucedieron dan cuenta de que durante la década de 1870 la noción de un nacionalismo continental empieza a diluirse en Chile, dando lugar a una definición más específica de lo exclusivamente chileno (Barros 1970: 195-199 y 174-178).

Susan Jefferds sostiene que la guerra no crea identidades colectivas sino que provee de un «fórum» para articular identidades existentes que se hallan de manera implícita en el sistema de dominio y de poder patriarcal. En realidad, la guerra no crea identidades dentro del sistema patriarcal, sino que permite su negociación y articulación. La guerra no puede producir algo que no está en la sociedad. La guerra debe ser vista, en consecuencia, como propulsora de sistemas que ya estaban funcionando en las estructuras patriarcales y como una focalización de tensiones que se encontraban previamente operando. En los momentos en que el orden social parece fluido e inestable, Chile de la posdepresión de 1874, por ejemplo, la guerra aparece como la arena donde un orden social es experimentado como un medio de restablecer el balance social perdido (Jefferds 1989: 183).

La pérdida de ese balance, evidente en los cambios sociales ocurridos en Chile a partir de la década de 1860, provocó que afloraran con persistencia en el espacio de la esfera pública términos como el de virilidad y civilización. La cuestión de la «virilidad chilena» —elemento presente de manera constante a lo largo de muchos de los relatos de guerra— será abordado teniendo en consideración los argumentos sobre civilización y masculinidad propuestos por Gail Bederman para el caso norteamericano. Bederman plantea cómo el tema de la masculinidad se volvió vital, entre 1870-1910 en los Estados Unidos, debido a los problemas sociales y económicos confrontados por las clases medias estadounidenses. Durante aquellos años, una alta proporción de hombres de la clase media perdieron sus trabajos. Más aún: la crisis económica causó centenares de bancarrotas que dejaron desprotegidas a miles de familias... Al mismo tiempo que la masculinidad mesocrática era erosionada desde adentro —por la incapacidad de los hombres de ejercer su tradicional rol de proveedores— su autoridad social fue confrontada por las clases populares, las que le disputaban el control de la arena política poniendo en entredicho su poder para controlar a la nación. Dentro del contexto anterior el tema de la virilidad fue utilizado

con la finalidad de construir una autoridad civil capaz de controlar el desborde social y modelar el futuro de la nación. Entre las múltiples estrategias para rehacer la masculinidad perdida, Bederman menciona la apelación a usar elementos de género, de raza y de clase. Los mismos colaboraron en el proceso de «invención de la masculinidad» norteamericana que ella analiza (Bederman 1995: 1-44). Es probable que la estrategia seguida por Chile —que también atravesaba a inicios de 1870 una crisis socioeconómica similar a la estadounidense— fuera el explorar el espacio masculino por excelencia: la guerra.

## 2. El nacionalismo chileno como objeto de estudio

Luego de clarificar mi aproximación teórica al problema y antes de pasar a desarrollar la parte empírica de este ensayo quisiera explicar por qué considero que el tema del nacionalismo chileno resulta importante. Primero, quiero anotar lo poco que se conoce sobre la construcción del nacionalismo chileno a pesar de lo relativamente fácil que resulta acceder a las fuentes primarias que permiten el seguimiento de un proceso considerado como relativamente exitoso, en comparación con otras experiencias en Latinoamérica. En la década de 1930, debido a que una versión de dicho nacionalismo fue promovida por el Estado y por sus círculos intelectuales —«los balances patrióticos» de Vicente Huidobro son ejemplos de esta tendencia— el gobierno de Ibáñez auspició la publicación de muchas fuentes primarias.<sup>12</sup> En efecto, una parte importante del material necesario para un trabajo como el que propongo (narrativa de soldados e historias de la guerra en sus diferentes versiones) ha sido publicado e incluso reeditado en Chile.

La segunda razón de la relevancia del tema guarda relación con la claridad del discurso intelectual chileno y con lo prolífico de su historiografía. Una que, como la desarrollada por Bulnes, resultó siendo funcional a la causa nacionalista, y que a decir de Menéndez y Pelayo pudo competir, en el temprano siglo xx, con la «Roma de Momssen» o incluso con la de Grecia de «Curtius y Grote».<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Jocelyn-Holt (1997b) opina que «si en Chile de este siglo hay un período histórico forjador, éste ha sido la década de los 30 [...] los años 30 operan como bisagra, en un caso mirando hacia atrás y en el otro mirando hacia adelante, pero igual, actuando como imán inmóvil».

<sup>13</sup> «No hay rincón de la historia, dice Menéndez Pelayo, que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Momssen, más largas que las de Grecia por «Curtius y Grote» citado en Jocelyn-Holt (1997b: 42). Para los usos de la historia por la intelectualidad chilena ver Woll (1982).

El papel que desempeñaron los intelectuales chilenos en la construcción y difusión del pensamiento nacionalista durante la guerra, en especial el periodista e historiador Benjamín Vicuña Mackenna, debió de estar conectado al fortalecimiento de la «República de las Letras» a las que se refirió Andrés Bello en el discurso de inauguración de la Universidad de Chile y a la tradición cultural relacionada con dicha República, una que en palabras de Juan Egaña convertiría a Chile en la «ciudad de la sabiduría». <sup>14</sup> Un espacio simbólico donde los intelectuales ocuparían un lugar especial en la definición de lo nacional. <sup>15</sup>

El trabajo de David Brading (1985) sobre el caso mexicano inauguró la discusión sobre la construcción del nacionalismo en Latinoamérica. Sin embargo, a pesar de que Chile constituye un modelo exitoso de construcción de discurso nacionalista, no hay trabajos recientes sobre la dinámica que tuvo la forja del nacionalismo en dicho país. Chile ofrece al investigador un caso sumamente interesante: la construcción de un nacionalismo, de perfil más bien bajo, sin la espectacularidad ni la estridencia del nacionalismo mexicano. Salvo el puñado de guerras civiles que cruzan el siglo XIX, en Chile no hay una revolución violenta y prolongada —hasta la militar de 1973— que haya desembocado en la refundación del Estado chileno. La discreción en las prácticas político-intelectuales, si podemos llamarla de alguna manera, ha determinado que el nacionalismo chileno, como construcción cultural, haya pasado desapercibido para los investigadores extranjeros y relegado a un segundo plano por la intelectualidad chilena. <sup>16</sup>

<sup>14</sup> Resulta interesante señalar cómo Juan Egaña sostuvo en 1804 que Chile era el lugar ideal para crear la ciudad de la sabiduría. Por su misma lejanía, por la ausencia de profundos conflictos, por su naturaleza, era el país que tenía predisposición para desarrollar el conocimiento» (citado por Sol Serrano [1993: 29]).

<sup>15</sup> Smith sostiene que son los intelectuales quienes han propuesto y elaborado los conceptos y el lenguaje de la nación y del nacionalismo, y quienes se han hecho eco, con sus reflexiones e investigaciones, de las aspiraciones más amplias que han transmitido con las imágenes, los mitos y los símbolos más convenientes (Smith 1991: 85). Vicuña Mackenna (1930: 1) se reconocía como parte de la tradición representada por Ercilla, Pedro de Oña, don Juan de Mendoza y Alvarez de Toledo. 'Todos 'poetas épicos' narradores de una epopeya 'no acabada todavía'.

<sup>16</sup> Un factor de política interna ha colaborado al relegamiento del tema. La carga afectiva que implica para los intelectuales chilenos el estudio del nacionalismo, especialmente para los de la izquierda, ha circunscrito la discusión del tema al campo conservador. En efecto, el estudio del nacionalismo chileno fue hasta época reciente monopolio de la derecha. Si no, cabe recordar la celebración que llevó a cabo la dictadura del general Augusto Pinochet del centenario de la Guerra del Pacífico con la publicación de *Historia ilustrada de la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, en una edición patrocinada por el general Augusto Pinochet Ugarte y dirigida por Hernán García Vidal (1979). En efecto, los militares se apropiaron por muchos años del discurso nacionalista. Es probable que por esta razón los intelectuales de izquierda no se asociaran con los nacionalistas y con sus discursos intelectuales. Me aventuro a decir que existe cierto pudor, entre la intelectualidad chilena, de reconstruir un proceso en el que

Este trabajo intenta explorar el proceso de construcción del nacionalismo chileno incidiendo en el análisis de sus características de género. El nacionalismo cultural de corte republicano-liberal que fue tomando cuerpo en Santiago a partir de 1840 pudo expresarse masivamente durante la guerra. La guerra, como espectáculo público en el que participaron todos los sectores sociales desde «el futre hasta el roto», se convirtió en el espacio comunitario en el cual el pensamiento nacionalista, de corte civilizador y moralizante, se articuló; sirviendo por primera vez desde su concepción como elemento de cohesión social. Cabe resaltar que el nacionalismo chileno auroral, de difícil llegada a los sectores populares, logró un mejor acceso a aquellos cuando incorporó los rasgos de emotividad, drama<sup>17</sup> y erotismo, propios del popular género del folletín. En efecto, en el discurso nacionalista exaltado durante la guerra convergieron dos formas contradictorias de expresión prevalecientes en la época: el folletín y la crónica moralizante. El encuentro entre ambos en las páginas de los diarios de circulación masiva, dio lugar a un discurso nacionalista de características populares y en muchos casos contestatarias frente al accionar del ejército.<sup>18</sup> El gran alquimis-

---

asoman ribetes de racismo y de sexismo. Sin embargo, trabajos actuales están revisando y revaluando el paradigma nacionalista de corte patriarcal y autoritario sobre el que se ha asentado nuestro vecino del sur. El éxito editorial del libro de Tomás Moulian (1997) es un ejemplo del revisionismo en el que se ha embarcado la intelectualidad chilena. Sin embargo, a pesar de esfuerzos como los anteriores y alguno que otro trabajo aislado —el clásico trabajo sobre la independencia de Simon Collier, el reciente revisionismo historiográfico de Jocelyn-Holt, el libro de Sol Serrano sobre el papel que la educación desempeñó en el proceso o el trabajo sobre nacionalismo económico de Luis Ortega— falta aún un largo trecho para desbrozar el camino que nos permita entender, desde el campo de la Historia de la Cultura, el proceso de formación del nacionalismo chileno. El mismo tiene, a mi entender, su punto de clímax en los años previos y durante la Guerra del Pacífico. Cabe mencionar que el trabajo de Julio Pinto «¿Patria o Clase? La Guerra del Pacífico y la reconfiguración de las identidades populares en el Chile Contemporáneo» (1996) ha refrescado la discusión sobre la dimensión cultural de la guerra.

<sup>17</sup> El siguiente extracto de poema «No soltéis el Morro» compuesto por Vicuña Mackenna, ampliamente difundido desde las páginas del diario *El Mercurio* muestra la vena dramática del discurso nacionalista chileno: «No soltéis el Morro, ni el valle de Azapa, que es su granero prodigioso, porque si tal hicierais, la sombra de los que pelearon y murieron en el valle de Tacna con Santa Cruz, y en la cúspide del Morro con San Martín, se levantarían de sus sangrientos fosos y empuñando sus rifles os gritarían desde la eternidad con roncas voces. “¡No soltéis el Morro! ¡No soltéis el Morro!”» (citado en Uribe Echevarría 19???: 56).

<sup>18</sup> Periódicos como *El Ferrocarril*, *Los Tiempos* y *El Independiente de Santiago*, así como *El Mercurio* y *La Patria* de Valparaíso informaron profusamente a sus lectores sobre la evolución de la guerra. Del conflicto entre el periodismo y el ejército da cuenta este comentario que envía Gandarillas, ministro suplente de Guerra y Marina al intendente del Ejército, Dávila Larraín: «Si este país no fuera lo que es, todos los gandules de los diarios debían estar disecados y colgados en las farolas de la ciudad» (Machuca 1926-1929: 213).

ta del discurso plebeyo y el patricio fue Benjamín Vicuña Mackenna. Al lograr mezclar los dos géneros, el del folletín y el de la hagiografía,<sup>19</sup> Vicuña, quien fue simultáneamente periodista e historiador, hizo realidad el sueño de los liberales. Este fue, desde los años del cenáculo santiaguino en el que participó Domingo Faustino Sarmiento, el poder lograr articular un lenguaje nacionalista con una suficiente llegada a los sectores populares.<sup>20</sup>

Seguendo la propuesta de Alfredo Jocelyn Holy opino que el nacionalismo esencialista aludido por el general Lynch en su conversación con Petit Thouars, citada al inicio de este ensayo, fue una creación de ingeniería social promocionada en una esfera político-cultural equidistante y autónoma tanto de la esfera estatal como de la sociedad tradicional (Jocelyn-Holt 1997a: 39-49). El nacionalismo chileno, que comienza a tomar fuerza durante la etapa de la independencia, se va definiendo a mediados del siglo XIX, tiene su momento de manifestación emotiva en 1869 durante la repatriación de los restos del «Padre Fundador» de la nación chilena, Bernardo O'Higgins, y logra alcanzar niveles de difusión masiva en el marco de la Guerra del Pacífico, se fue forjando en un ambiente crecientemente dialogal. Este espacio, que supuso una esfera discursiva autónoma, proveyó a los historiadores oficiales y no oficiales, los escritores, poetas y periodistas, de un permiso para narrar.<sup>21</sup>

La guerra, a no dudarlo, colaboró en el proceso de fortalecimiento de la joven identidad nacional chilena. Mediante la creación de un «mapa cognitivo» del frágil mundo nacional que se estaba forjando, la guerra ayudó a cristalizar «moralidades significativas» (Smith 1991: 71) capaces de ser emuladas por la colectividad en su conjunto. El caso del héroe Arturo Prat es el ejemplo más

<sup>19</sup> Justo Arteaga Alemparte señala que más que ser un diarista, Vicuña es «un folletínista brillante, divertido, inagotable». El genio del folletín es «la loca de su hogar, manda, inspira, inscribe las mejores páginas de sus artículos, sus folletos y sus libros» (Feliú Cruz 1932: 27). Para una aproximación al género del folletín que tuvo gran aceptación durante la guerra ver por Ramón Pacheco, *La chilena mártir o los revolucionarios del litoral* (Iquique, 1883), *Las hijas de la noche* (Iquique, 1883), *La generala Buendía*, (Santiago, 1885) y *Los héroes del Pacífico o aventuras de la ex-general Buendía* (Santiago, 1887). De Arturo Givovich, *El vigor de la corneta* (Valparaíso, 1887) y de Enrique del Solar, *Dos hermanos* (1883). Los argumentos principales de las obras anteriores aparecen en Uribe Echevarría.

<sup>20</sup> Sobre la posición de Sarmiento frente al proceso de integración cultural en Chile ver Romero (1997: 45-58).

<sup>21</sup> A pesar de que estamos de acuerdo con el argumento de Góngora (1981) en torno a la influencia del Estado en la forja del nacionalismo chileno, creemos que en la guerra se conjugan voces disonantes, patricias y populares, que intentan articular su interpretación de lo que debía de ser la nación. Lo disímil de los discursos salta a la vista al observar el contenido erótico de los folletines de la guerra, de gran aceptación popular, frente a lo moralizador de las biografías (casi hagiografías) publicadas por Vicuña.

notable del proceso de creación de patrones de comportamiento para la clase media.<sup>22</sup> La guerra permitió, asimismo, una mejor distribución del mensaje nacionalista al promocionar en los espacios en que se predicó un mensaje integrador. Dichos espacios, en los que periodistas, intelectuales, políticos y curas trataron de concientizar a los miembros de las diferentes clases sociales, fueron los periódicos, los púlpitos de las iglesias, las plazas y los lugares de embarque de la tropa. El proceso anterior, uno de abierta campaña propagandística en favor de «la patria», sirvió para integrar a una sociedad que para mediados de 1870 intentaba definirse a sí misma, o a decir del historiador chileno Julio Ortega, se encontraba atravesando «la crisis de identidad más profunda de su historia» (Ortega 1984: 337-380). Que el nacionalismo chileno era de reciente factura y que servía como muro de contención a numerosos problemas no resueltos en Chile pueden dar cuenta no solo la insubordinación de la tropa chilena durante los sucesos de Chorrillos, sino también los conflictos étnicos y regionales, y el comportamiento permisivo al interior del ejército de ocupación.<sup>23</sup>

En el apartado siguiente me propongo analizar el discurso de los cronistas soldados de la guerra teniendo en consideración los componentes racistas y de género que caracterizaron a su narrativa. Cabe anotar que si bien los soldados-cronistas no fueron intelectuales renombrados — salvo el periodista Daniel Riquelme—, sus múltiples voces proyectaron ciertos temas fundamentales en la discusión nacionalista. En efecto, los grandes temas registrados por los soldados-cronistas, la virilidad chilena por ejemplo, son un reflejo de lo que se discutió en la esfera pública santiaguina. Por otro lado, al propiciar un espacio

<sup>22</sup> Esta clase, debido a la crisis de 1874, vio amenazada su existencia y su estatus de «decencia». Para una aproximación a la construcción de la figura de Arturo Prat como héroe mesocrático ver Sater (1971).

<sup>23</sup> En relación con la violencia y el desacato de la tropa chilena exhibidos en Chorrillos, que desdijo la disciplina y unidad de la que hacía gala Lynch, resulta interesante escuchar el siguiente comentario de Vicuña Mackenna: «Los jefes chilenos echaron lamentablemente en olvido en aquel día una propensión irresistible en la sangre araucana que prevalecía al menos en los 2/3 de las filas; porque es sabido que cuando los aborígenes celebran sus orgías de placer o de victoria, sus mujeres invariablemente esconden las armas de los guerreros, porque saben que una vez turbada la razón, se acometen y se matan implacablemente entre sí» (Vicuña Mackenna 1881: 1020). Un acercamiento a la irresuelta «cuestión social» en Chile y a las tensiones que provocó al interior del cuerpo social es la provista por Luis Alberto Romero (1997). Para una colección de fuentes primarias sobre el tema del espinoso conflicto social, en el siglo XIX, situación que pone en entredicho la tan publicitada unidad nacional chilena ver Grez (1997). Para conflictos regionales al interior del ejército véase Rosales (1984: 127). Doble Almeida observó que: «Los oficiales del Bulnes refieren que siendo su cuerpo el más violentamente atacado, en particular por los soldados de Santiago que los aborrecían, solo tuvo cinco heridos leves en la prolongada bacanal de aquella noche» (citado por Vicuña Mackenna [1881: 1021]).

dialógico y un permiso para narrar, la guerra democratizó el campo intelectual.<sup>24</sup>

### 3. La erotización y feminización de Lima en el discurso nacionalista chileno

En uno de los cuentos que el periodista Daniel Riquelme publicó en una colección que años más tarde apareció como libro con el título de *Bajo la tienda*, el escritor santiaguino desarrolló de manera gráfica la percepción que muchos chilenos tuvieron sobre la capital del Perú. En el cuento titulado «Los relojos», Riquelme señaló que la llegada del ejército a Lima era «la justa recompensa» y «el desquite» por los «tantos sacrificios» vividos por la tropa chilena. Lima-trofeo era para la imaginación de cada soldado «un pedazo de aquel cálido paraíso prometido por Mahoma a sus devotos». Así, Lima era definida en el cuento de Riquelme como una mujer de cuyo «seno parecían venir soplando sobre todos los corazones, vientos cargados de babilónicas promesas [...] bocanadas tropicales [...] abrasadoras y libidinosas como besos de mulata cortesana». La percepción de Lima como una mujer que esperaba por el hombre que la poseyera y dominara despertaba la «excitación de la tropa». Antes de la llegada a Lima «se hubiera creído», afirmaba Riquelme, que todos acababan de obtener de su amada una ansiada cita. Y tanto revisaban las armas como se cercioraban de que hubiera en el fondo de la mochila una camisa medio almidonada. El encuentro entre el ejército chileno y Lima adquirió, para muchos, como veremos más adelante, las características de una cita de amor con una prostituta de lujo.<sup>25</sup>

La razón de la excitación en torno a la capital peruana estaba relacionada a las fantásticas historias que sobre Lima circulaban entre la tropa. Una de ellas

<sup>24</sup> Por «campo intelectual» estamos refiriéndonos al concepto acuñado por Pierre Bourdieu, para denominar a la configuración o red de relaciones que se dan en una sociedad a nivel de lo simbólico. Los elementos de dicho campo no solo están relacionados unos con otros de determinada manera; sino que tienen determinado peso y autoridad. De esta manera el campo es el lugar donde se lleva a cabo la distribución del poder cultural. Los agentes del campo son individuos, pequeños grupos, escuelas o disciplinas académicas (Bourdieu 1969: 89-119). Para una visión de la guerra desde el punto de vista de los sectores populares véase Uribe Echevarría.

<sup>25</sup> Para este punto vale la pena reproducir el comentario que sobre Lima hace el cabo primero de la Tercera Compañía del Aconcagua, Florentino Salinas: «¡Adios Lima ciudad de la femenina gracia, de noches espléndidas en que la luna te cubre de ensueños, y de mañanas mórbidas en que la aurora despierta a tus perezosas hijas de sus mismos lechos, con abrazos de amor y candentes besos de sensual deleite. En tu seno, el vencedor de tu suelo encontró multiplicadas las emociones mundanales y no otras, porque tú solo quemas, arrebatas, enloqueces y matas!» (Salinas, 401).

era que «los hombres se bañaban juntos y revueltos con las mujeres, ligero traje de por medio, y todos aplaudían la franqueza de tal proceder». Otra era que «las engréidas y rumbosas limeñas no usaban calzones y que en camisa dormían la ardorosa siesta en frescas hamacas». Lima es descrita en muchos de los relatos como un lugar de calores y de humedades. Las descripciones de las tiendas y joyerías arrancadas «de un cuento de la Lámpara Maravillosa» sazaban los relatos que Riquelme (1931c) recogió en su narrativa.

La especie de Lima como una ciudad pecadora, lujuriosa y frívola no había salido de la mente afiebrada de los chilenos en campaña al norte; ya muchos viajeros se habían referido anteriormente a ese peculiar tema. Lo que interesa, sin embargo, es explorar cómo los estereotipos prevaecientes se convirtieron en propiedad de numerosos escritores chilenos.<sup>26</sup> Resaltar la femineidad de Lima resultaba un argumento funcional para mostrar uno de los elementos fundamentales del discurso nacionalista chileno, la exaltación de la propia masculinidad, aquella «virilidad chilena» subrayada por el discurso de Altamirano.

Lima además de ser una ciudad «orgullosa» y «mujeril» que había venido llevando, hasta antes de la llegada de los chilenos, la vida de «Mesalina» (Rosales 1984: 36), estaba acostumbrada a entregarse gozosa a los «placeres» que la enardecían (Pinochet de la Barra 1926: 235). Estos placeres estaban relacionados con «la disipación, los bacanales, los amoríos a media noche, las orgías» y todo aquello que había hecho de la capital del Perú el lugar de un «no interrumpido carnaval» (Salinas, 258). Lima no estaba sola en sus tendencias a los pecados de la carne. Callao era percibido, asimismo, como la «sucursal de los placeres de Lima» (Salinas, 268) y el balneario de Chorrillos como «nido del placer, del regocijo, del vino y de la corrupción». Era por exhibir dichas características, las de una casi Sodoma decimonónica, que Chorrillos mereció la suerte que le deparó el destino, una suerte similar a la de «las ciudades del diluvio» (Venegas 1885: 269).

La situación de Lima como mujer derrotada provocaba lástima entre algunos escritores chilenos: «Pobre Lima soñadora incorregible —dice Daniel Riquelme— caída de los celajes rosados de la ilusión a la realidad de un charco de sangre» (Riquelme 1931e: 188). Para muchos la razón de este destino trágico era básicamente la irracionalidad de Lima, su «fanatismo religioso», su «rencor mujeril». «Ella» había vivido «en un mundo de artificio que creaba su corazón ligero

<sup>26</sup> «Lima ha tenido siempre la reputación de ciudad del placer, notable en sus mejores días. La riqueza, la independencia de carácter, el genio alegre, bullicioso, hospitalario de sus habitantes, la belleza de sus mujeres, el fácil acceso que allí encuentra el pasatiempo, han inspirado juicios que emitidos por extranjeros de diversas nacionalidades, la han dado a conocer generalmente bajo tales puntos de vista» (Benavides 1925: 241).

y su fantasía tropical» (Riquelme 1931e: 213). A pesar de que Lima, salvo en los años del fenómeno de El Niño, nunca tuvo nada de tropical, se hace evidente la conexión que establecen los narradores chilenos entre Lima y lo exótico-oriental-tropical.<sup>27</sup> Se pueden encontrar en los relatos numerosas alusiones a Lima como «paraíso de Mahoma». Esa visión de Lima como parte constitutiva de un fantástico harén («apacible y arrobadora en tu oriental abandono, dormida al calor de tu propia morbidez» a decir de Florentino Salinas) aludía a la voluptuosidad, la desnudez, la holgazanería y la hermosura de la capital peruana.

Lima actuaba con los chilenos como una mujer enojada, aunque como veremos más adelante finalmente caerá sometida a la virilidad del vencedor. «La gran coqueta», dice uno de los narradores, «había jurado como las viudas jóvenes que su dolor sería eterno» y aun «como las viudas de la India» hablaba de arrojarse a «la hoguera de su señor». Su «corazón de mujer» herida era la causa de la «excomunió n femenina» de los chilenos y es por ello que reinaba en la ciudad un silencio de camposanto, sin más ecos «que el de nuestras propias voces» (Riquelme 1931e: 213). Más adelante, sin embargo, las limeñas, modernas «bacantes» y «expertas en goces sensuales» y orgiásticos se entregarían a los vencedores «despreciando a sus conciudadanos» los cuales derrotados debieron de «retirarse abatidos y cabizbajos, como gallos desposeídos de su harén por otros más poderosos» (Salinas, 263).

Los hombres peruanos, especialmente los limeños, no se escaparon al proceso de feminización que el discurso nacionalista provocó. Y es que, en palabras de Antonio Urquieta, soldado del Calama, desde la etapa de los Incas los peruanos se habían caracterizado por su afeminamiento. A los peruanos hombres «sin fuerza ni energía» «les gustaba» y más aún les daba «placer» el verse «dominados» (Urquieta 1907: 216). Fue tal vez por lo popular de esta aseveración, la de la femineidad de los peruanos, que no sorprende escuchar a Hipólito Gutiérrez, humilde soldado del regimiento de Chillán, decir que los indios eran no solo «traicioneros» sino, también, «maricones» (Saavedra 1950: 11, prólogo). La descripción de un limeño hecha por un soldado del regimiento Aconcagua puede ayudarnos a graficar esta percepción femenina de los peruanos en general:

Un dandy limeño es una dama con pantalones, de trato almibarado y cabellera encrespada, que rara vez fuma por temor a oler a tabaco y ahumarse los dedos; que no bebe sino rossoli y emoliente de yerba buena. Las calles son para él un teatro y los salones escena [...] Hablad con una de estas criaturas, cuidando de ir suficientemente impreg-

<sup>27</sup> Lucio Venegas llega a Lima donde lo esperaban «das delicias del paraíso de Mahoma: el goce, la satisfacción, el placer y el amor...» (Venegas 1885: 297).

nado de almizcle y agua de Imperio, para no serle repelente, y veréis que con su amabilidad, finos modales y cadencioso timbre de voz, parece querer enamoraros. (Salinas, 259)

La referencia a la homosexualidad de los limeños resulta clarísima.

Chile oponía su masculinidad a lo femenino de una ciudad no solo fascinante sino también caótica, infestada de gérmenes y de «genes de una raza inferior», una ciudad sucia y descuidada que tenía como Palacio de Gobierno, a decir de otro cronista chileno, «un vergonzante caserón» en el que se hallaban distribuidas como en intrincada Babilonia, «salones y patios erigidos sin orden ni concierto» (Salinas, 253). La voluptuosidad y el «lujo oriental» de Lima convivían con elementos de desorden, de suciedad y de caos que debían de ser urgentemente eliminados.<sup>28</sup> La Oración Fúnebre a los chilenos muertos en Chorrillos y Miraflores, pronunciada por el presbítero Esteban Donoso, se refirió directamente a la oposición entre los «varoniles pechos» chilenos que entraban en «silencio y orden» a una Lima que esperaba agazapada para tratar de «hartarse de su sangre» (Muñoz Donoso 1881: 7). El comentario anterior intentaba poner en evidencia ante el soldado chileno los peligros ocultos que dicha ciudad casi fantástica disimulaba. Y es que Lima, a decir de otro soldado chileno, había estado ocultando, debajo de sus «lujosas galas» «úlceras profundas» (Holguín 1926: 242).<sup>29</sup> Estas úlceras eran las que estaba decidido a cauterizar el «esfuerzo viril» del ejército de ocupación. Su representante preclaro en esta tarea civilizadora fue Patricio Lynch. Para Riquelme, uno de sus más entusiastas publicistas, Lynch, el hombre que odiaba profundamente a «los borrachos y a los bullangueros» era el modelo, por antonomasia, de la virilidad, la austeridad y la disciplina (Riquelme 1931b: 149-180). Su persona era, en palabras de Riquelme, «la persona misma de la nación» o, para abreviar, Lynch era «Chile en el Perú». Por las implicancias aludidas en la estrecha identificación, Chile-Lynch, el general dotó al pensamiento nacionalista de un modelo de héroe civilizador. Así, paradójicamente, el mismo personaje que ordenó dinamitar a las haciendas azucareras del norte perua-

<sup>28</sup> En la percepción de los hombres, el autocontrol es una característica masculina. Las mujeres, por otro lado, así como la naturaleza, son impredecibles, desinhibidas y caóticas. Ellas son guiadas por las emociones más que por la razón. La idea anterior tomó cuerpo en la Inglaterra victoriana cuando la «ciencia médica» descubrió que las mujeres estaban inclinadas naturalmente al estado de la histeria. Para una discusión sobre este punto ver Bassuch (1986: 143-144).

<sup>29</sup> Arturo Benavides observaba que al primer golpe de vista de Lima le pareció espléndida: «Las numerosas iglesias, todas muy elevadas y dotadas generalmente de cúpulas, le daban a mis ojos, y entre las sombras, aspecto casi monumental. Sus calles caprichosas y abundantes en edificios de estilo morisco, mirada entonces a la claridad débil del gas que le disimulaba, como a una vieja sus arrugas, lo que tienen de más chocante es su falta de asco [...]» (Benavides 1925: 242).

no, prestó una especial atención al aseo de la desaliñada Lima. En una campaña higienista, continuadora de la que realizó el ejército en San Pedro de Antofagasta, donde a decir de un soldado ahí presente, de un pueblo «semi-bárbaro» se hizo una ciudad (Salinas, 86), y que dice mucho del discurso civilizador chileno que Lynch intentó corporizar, el comandante en jefe del ejército de ocupación ordenó la destrucción de los basurales que cercaban Lima, asegurándole los servicios de gas y de agua potable y despejó el mercado de los «asquerosos» chinos que llenaban las calles adyacentes con cocinas «que impregnaban el aire con un olor nauseabundo.»<sup>30</sup>

Los chinos no eran los únicos percibidos como sucios, feos y portadores de enfermedades no solo infecto-contagiosas sino también genéticas (uno de los narradores los acusó incluso de haber degenerado a la raza peruana). Abel Rosales, miembro del *Aconcagua*, al comentar sobre un grupo de prisioneros peruanos desembarcados en Antofagasta, señalaba: «todos eran feos hasta decir basta, y mugrientos como ellos solos. El oficial, proseguía Rosales, «tenía una cara de perro presero, cara redonda, ñato, de mal gesto y con ser también feo, era rey respecto a sus paisanos» (Rosales 1984: 52). El discurso nacionalista chileno predicaba, obviamente, la superioridad racial de Chile. Así, de la mano con la afirmación de la superioridad de lo masculino sobre lo femenino, iba otra noción de corte imperialista: la de la superioridad de las razas puras sobre las impuras.

El racismo no era novedoso en el pensamiento nacionalista chileno. En 1869, durante una sesión del Congreso en la que se discutía la suerte de los araucanos (paradójicamente los antiguos símbolos de la joven nación chilena), Benjamín Vicuña Mackenna defendió su argumento de la conquista violenta del Arauco al afirmar que «según el derecho de gentes, la conquista de los pueblos bárbaros, ociosos y vagabundos era perfectamente legítima» (Vicuña Mackenna 1939, t. I: 431).<sup>31</sup> Por lo acendrado del racismo en el discurso narrativo chileno era posible escuchar a uno de los soldados-cronistas sostener que el roto era «un pan blanco» si no «francés» en medio de aquella «mescolanza de razas con que se había formado el bajo pueblo peruano» (Riquelme 1931d: 120). Los epítetos para describir a los «negros, zambos y cholos» peruanos, todos considerados «a la altura de los salvajes de otro siglo» (Venegas 1885: 288) y exhibiendo características casi-animales: «manga de devastadoras langostas», «bestias feroces», «perros hambrientos» a los que debió de exterminarse, «como se hace cuando abun-

<sup>30</sup> Para la campaña higienista de Lynch ver: Riquelme (1931e: 215). Sobre la percepción sobre los chinos, (Salinas, 257).

<sup>31</sup> La posición de Vicuña Mackenna sobre los Araucanos aparece en *La Conquista del Arauco: Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en su sesión del 10 de agosto* (Vicuña Mackenna 1868). Sobre un análisis detallado del racismo evidenciado durante la guerra ver Klaiber (1978).

dan los perros en las ciudades» (Urquieta 1907: 139-140) registran cómo la visión de lo femenino y lo masculino estuvo mediada no solo por criterios sexuales sino también raciales. Carlos Alfaro, miembro del regimiento de Caballería N° 1 General Bulnes, se refería explícitamente a ¡las hordas de negros e indios! que seguían a Piérola. Los que cometían todos ¡los desmanes y tropelías! que ¡su condición de salvajes les dictaba! (Alfaro 1927: 94).

Invariablemente las llamadas razas coloniales han sido calificadas como afe-minadas y primitivas. Al percibirse lo femenino como un ejemplar de la naturaleza más que de la civilización, lo masculino adquiere la legitimidad necesaria para dominar a las razas caracterizadas como femeninas y salvajes, es decir en estado de naturaleza. En un importante trabajo sobre el tema, Sherry Ortner ha analizado la asociación simbólica que se da en el discurso masculinizador entre la mujer y la naturaleza. Es siempre parte fundamental del proyecto civilizador —la autora señala— el de controlar y trascender a la naturaleza. Como la mujer y las razas inferiores son elementos constitutivos de la naturaleza, los proyectos civilizadores encuentran normal oprimir a la naturaleza y a los seres primitivos: las mujeres, los indios, los negros, etc. (Ortner 1981: introducción) Paradójicamente será la naturaleza, representada por ¡las hordas salvajes! de los seguidores de Andrés A. Cáceres y por el temido paludismo, la que derrotará a los chilenos en la campaña de la sierra.<sup>32</sup>

Los chilenos se percibieron a sí mismos como los creadores de la civilización y los arquitectos del progreso, mientras que los peruanos (representados por Lima) fueron vistos como la manifestación de las fuerzas caóticas de la naturaleza. Por lo que se infería que eran ellos los encargados de controlar a un país femenino que por «mujeril» debía de ser sometido a «la virilidad chilena». La poesía que citamos a continuación y que circuló profusamente durante la guerra, refleja las dimensiones simbólicas de las relaciones de género que se establecieron en el discurso de la guerra. Relaciones que, a nuestro entender, constituyeron un eje de desigualdad al estructurar jerarquías y relaciones de poder entre invadidos e invasores:

Bella Lima, ya tiembas llorosa  
 Del triunfante chileno en poder  
 ¿Perdón pides? Lo tienes hermosa,  
 Vive hermosa cautiva a sus pies  
 (Muñoz 1881: 36)

<sup>32</sup> «Durante la campaña en las sierras del Perú, muchos de nuestros heroicos soldados a quienes las balas respetaron en los campos de batalla, cayeron sacrificados por las picadas de bichos que hicieron más víctimas que la guerra misma!» (Alfaro 1927: 99-101).

Para concluir, pienso que de los ejemplos anteriores se deduce que la historia de la expansión chilena, valiéndose de conceptos dicotómicos como femenino-masculino, civilización-barbarie, primitivismo-progreso e incluso (y este es un tema que dejaré para otra oportunidad) paganismo-cristianismo, tomó las características de una guerra cultural. Lo interesante y paradójico de esta cruzada mitad erótica y mitad civilizadora, que sirvió de marco a la construcción del nacionalismo chileno, es que desembocó en el horror de Chorrillos<sup>33</sup>. Allí la civilización se trocó barbarie y el amor en muerte. En el acto de poseer y controlar lo femenino y primitivo de Lima, la tropa chilena destruyó una parte importante del encanto de la mujer deseada.

Quiero terminar esta reflexión con las observaciones que Daniel Riquelme, uno de los representantes del folletín erótico, hiciera luego de la batalla de Miraflores. Creo que su descripción retrata el sentir confuso de muchos de los participantes en ella:

Ni las brisas de la campiña ni el mar cercano alcanzaba a barrer los hedores de aquella nevada de cadáveres [...] Sintiendo, los soldados, la muerte en sus propios cuerpos, la veían además por todas partes; porque en todas partes se descubrían cadáveres asquerosos de hombres o animales, espantosamente hinchados, unos ya comidos en parte, otros mutilados por un culatazo o un golpe de granada [...] Los gallinazos repletos de comida, coronaban por cuerdas los bardales de las tapias, y cuadrillas de perros cruzaban los cañaverales a la carrera. Entre las cañas se podían ver los escombros de los muertos». (Riquelme 1931a: 185-186)

El sueño de dominio y posesión chileno había tomado la forma de una horrible pesadilla.

<sup>33</sup> Para una interpretación de un soldado sobre este violento suceso ver: «¡La noche de Chorrillos!» en *Del Solar* (1967: 221-228).

## Bibliografía

- ALFARO, Carlos. *Álbum Gráfico e Histórico del Regimiento de Caballería N° 1 Granaderos General Bulnes en Homenaje a su Primer Centenario*. Iquique: Imprenta Eslava, 1927.
- BAHBHA, H.K. *Nation and Narration*. Londres y Nueva York: Routledge, 1990.
- BARROS, Mario. *Historia diplomática de Chile, 1541-1938*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1970.
- BASSUCH, Ellen. «The Rest Cure: Repetition or Resolution of Victorian's Women Conflict». En: Susan RUBIN SULIEMAN (ed.). *The Female Body in Western Culture*, Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- BEDERMAN, Gail. *Manliness and Civilization: A Cultural history of Gender and Race in the United States, 1880-1917*. Chicago: University of Chicago Press, 1995.
- BENAVIDES, Arturo. *Seis años de vacaciones: Recuerdos de la Guerra del Pacífico, 1879-1884*. Santiago de Chile: La Bolsa, 1925.
- BETHKE ELSTAIN, Jean. *Women and War*. New York: Basic Books, 1987.
- BONILLA, Heraclio. *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1980.
- «The Indian Peasantry and Peru during the War with Chile». En: Steve STERN, *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, XVIIIth to XXth Centuries*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1987, pp. 219-231.
- BORDIEU, Pierre. *Language and Symbolic Power*. Cambridge: University of Cambridge Press, 1991.
- «Intellectual Field and Creative Project». *Social Science Information* 8, 1969, pp. 89-119.
- BRADING, David. *The Origins of Mexican Nationalism*. Cambridge-England: University of Cambridge, 1985.
- BULNES, Gonzalo. *Historia de la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Sociedad Imprenta y Litográfica Barcelona, 1911-1919.
- DEL SOLAR, Alberto. *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico*. Buenos Aires: Editorial Francisco Aguirre, 1967.
- EL VICE ALMIRANTE DON JUAN WILLIAMS REBOLLEDO ANTE LA HISTORIA. Santiago de Chile: Imprenta de Carabineros, 1949.
- EYZAGUIRRE, Jaime. *O' Higgins*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1995.
- GARCÍA VIDAL, Hernán. *Historia ilustrada de la Guerra del Pacífico, 1879-1884* (edición dirigida por García Vidal y patrocinada por el general Augusto Pinochet Ugarte). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1979.
- GEERTZ, Clifford. *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*. New York: Basic Books, 1973.
- GÓNGORA, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1981.
- GREZ, Sergio. *La cuestión social en Chile: ideas y debates precursores, 1804-1902*. Santiago de Chile: Edición de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1997.

- HOLGUÍN, Vicente. «Correspondencia sobre la toma de Lima, febrero de 1881». *Revista Chilena*, nov.-dic. 1926.
- HUNT, Lynn (ed.) *The New Cultural History*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1989.
- . *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*. Berkeley. Los Angeles: University of California Press, 1984.
- HUTTON, P. *History as an Art of Memory*. Hannover y Londres: University Press of New England, 1993. SANDERS, Karen. *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: Fondo de Cultura Económica y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), 1997.
- JEFFORDS, Susan. *The Remasculinization of America: Gender and the Vietnam War*. Bloomington: Indiana University Press, 1989.
- JOCELYN-HOLT, Alfredo. *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997a.
- . Prólogo a Francisco Encina, *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997b.
- KAMMEN, Michael. *Mystic Cord of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*. Nueva York: Knopf, 1991.
- . *A Season of Youth. The American Revolution in the Historical Imagination*. Ithaca: Cornell University Press, 1978.
- KLAIBER, Jeffrey. «Los cholos y los rotos: Actitudes raciales durante la Guerra del Pacífico», *Revista Histórica*. Vol II/Nº 1, julio 1978.
- LÓPEZ, J. E. *Mis Recuerdos de la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1910.
- MACHUCA, Francisco. *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso: Imprenta Victoria, 1926-1929.
- MALLON, Florencia. «Nationalist and Antistate Coalitions in the War of the Pacific». En: Steve Stern, *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, XVIIIth to XXth Centuries*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1987, pp. 232-279.
- MARCHANT PEREIRA, Ruperto. *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico: apuntes del capellán de la Primera División don Ruperto Marchant Pereira, 1879-1881*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1959.
- MOULIAN, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: Ediciones LOM, 1997.
- MUÑOZ DONOSO, ESTEBAN. «Oración fúnebre por los chilenos muertos en Chorrillos i Miraflores». En: *Discursos y poesías del presbítero con ocasión de la Guerra del Pacífico en 1879, 1880, 1881*. Santiago de Chile: Imprenta del Correo, 1881.
- OHMANN, Richard. *Making and Selling Culture: Magazines, Markets and Class at the Turn of the Century*. Hannover-New Hampshire: Wesleyan University Press, 1998.
- ORTEGA, Luis. «Nitrates and Chilean Entrepreneurs and the Origins of the War of the Pacific». *Journal of Latin American Studies*, 16, 1984, pp. 337-380

- ORTNER, Sherry. *Sexual Meanings, the Cultural Construction of Gender and Sexuality* (Introducción). Cambridge-New York: Cambridge University Press, 1981.
- PINOCHET DE LA BARRA, Oscar. *Testimonios y recuerdos*. Vicente HOLGUÍN, «Correspondencia sobre la toma de Lima, febrero de 1881». *Revista Chilena*, nov.-dic., 1926.
- PINTO, Julio. «¿Patria o Clase? La Guerra del Pacífico y la reconfiguración de las identidades populares en el Chile Contemporáneo». Ponencia presentada en la *XV Jornadas de Historia Económica*. Asociación Argentina de Historia Económica y la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1996.
- RIQUELME, Daniel. *Cuentos de la Guerra y otras páginas*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1931a).
- «Recuerdos del General Lynch». *Cuentos de la Guerra*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1931b.
- «Los Relojitos». *Cuentos de la Guerra*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1931c, pp. 67-71.
- «Las Misas de Lima». *Cuentos de la Guerra*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1931d.
- «La Entrada de Lima». *Cuentos de la Guerra*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1931e.
- ROMERO, José Luis. *¿Qué hacer con los pobres en Chile? Elite y sectores populares en Santiago de Chile*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997.
- ROSALES, Justo Abel. *Mi campaña al Perú, 1879-1881*. Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción, 1984.
- SAAVEDRA, Pino. *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico con un estudio dialectológico y notas históricas*. Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción, 1950.
- SALINAS, Florentino. *Los representantes de la Provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*. Santiago de Chile: Imprenta Albión.
- SATER, William. «Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena». En: Hernán GODOY (ed.). *Estructura social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971.
- SCHLESINGER, Philip. «National Identity: Some Conceptions and Misconceptions Criticised». *Social Science Information*, 26, N° 2, 1987, pp. 219-264.
- SCOTT, Joan. *Gender and the Politics of History*. New York: Columbia University Press, 1988.
- SERRANO, Sol. *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria, 1993.
- SMITH, Anthony. *National Identity*. Londres: Penguin, 1991.
- SMITH-ROSENBERG, Carroll. *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*. New York: Knopf, 1985.
- THOMPSON, E. P. *The Making of the English Working Class*. New York: Pantheon Books, 1963.
- URIBE ECHEVARRIA, Juan. *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico en 1879-1880 y 1881*. Valparaíso: Ediciones Universidad de Valparaíso.

- URQUIETA, ANTONIO. *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico por Antonio Urquieta Oficial del Ejército de Operaciones*. Santiago de Chile: Escuela de Talleres Gratiitud Nacional, 1907.
- VENEGAS, LUCIO. *Sancho en la Guerra: Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia*. Santiago de Chile: Imprenta Victoria, 1885.
- VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *Obras completas: Discursos parlamentarios*. Santiago: Universidad de Chile, 1939.
- *El 21 de mayo de 1879: Compilación de artículos, biografías y discursos que con tal motivo escribieron Benjamín Vicuña Mackenna. Tomados de la prensa de la época, libros y revistas agotadas*. Santiago de Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra, 1930.
- *Historia de la campaña de Lima*. Santiago de Chile: R. Jover Editores, 1881.
- *La Conquista del Arauco: Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en su sesión del 10 de agosto*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1868.
- WHITE, HAYDEN. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore, Londres: John Hopkins University Press, 1987.
- WOLL, ALLEN. *A Functional Past: The Uses of History in XIXth Century Chile*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1982.